

LA SOBERANÍA Y EL MERCADO MUNDIAL. CON *EL CAPITAL* DE MARX CONTRA LA IDEOLOGÍA DE LOS ‘SOBERANISTAS’

Sovereignty and the World Market.
With Marx's Capital Against the Ideology of the 'Sovereignists'

GERHARD SCHEIT*

ger.scheit@oan.at

Fecha de recepción: 17 de junio de 2021
Fecha de aceptación: 16 de octubre de 2021

RESUMEN

Este artículo analiza la relación entre soberanía y mercado mundial como dos caras de una misma cosa, el capital. Cuando se niega este vínculo, tanto en la actualidad como en otros momentos históricos, la soberanía fetichizada sirve de cobertura al delirio de autarquía en el que la izquierda y la derecha quieren movilizarse contra el mercado mundial: ‘soberanistas’ contra ‘globalistas’. Pero esto amenaza con repetir algo de la prehistoria de Auschwitz.

Palabras clave: soberanía, capital, mercado mundial, Marx, autarquía, nacionalsocialismo, antisemitismo.

ABSTRACT

This paper analyzes the relationship between sovereignty and the world market as two faces of the same thing, the capital. When this link is denied, both now and in other historical moments, the fetishized sovereignty serves as a cover for the delirium of autarky in which the left and the right want to mobilize against the world market: 'sovereignanists' against 'globalists'. But this threatens to repeat something of the prehistory of Auschwitz.

Keywords: sovereignty, capital, world market, Marx, autarky, national socialism, anti-Semitism.

* Escritor y ensayista austriaco.

Extracto del nuevo libro de Gerhard Scheit, que se publicará el próximo año con el título: *Mit Marx*, en la editorial Ça ira, Friburgo.

En lugar de la crítica de la economía política, hoy se critica el ‘neoliberalismo’. Convertido en un *passe-partout*, este término está secretamente vinculado al mercado mundial. Pues no sólo se desfiguran las leyes generales analizadas por Marx como práctica deliberada de ciertos teóricos, los neoliberales (por ejemplo, los *Chicago Boys*), a los que los políticos se sienten llamados a seguir, y se presentan de este modo como una nueva creación y *creatio ex nihil*, sino que al mismo tiempo –de forma bastante similar a la de estos mismos economistas– se reprime en la mayor o menor medida la diferencia entre su validez nacional e internacional, algo que Marx aún sabía hacer. En otras palabras: la soberanía y el mercado mundial ya no se entienden como las dos caras necesarias de una misma ‘cosa’, el capital. Por ello, no es de extrañar que una soberanía fetichizada pueda servir de cobertura para el delirio de autarquía en el que la izquierda y la derecha –ya sea juntas o bajo diferentes etiquetas– quieren movilizarse contra el mercado mundial: ‘soberanistas’ contra ‘globalistas’. Pero esto amenaza con repetir algo de la prehistoria ideológica de Auschwitz.

1 LA LEY DEL VALOR Y EL MERCADO MUNDIAL

En *El Capital*, Marx vuelve varias veces sobre el hecho de que en cada país se forma un promedio propio en el tiempo de trabajo necesario para la producción de una mercancía; presupone sistemáticamente un mercado nacional en un determinado Estado y espacio monetario. La ley del valor como tal se aplica “en una sociedad nacional determinada” (Marx, 1964: 206). Bajo este supuesto, el siguiente paso es hablar de la necesaria modificación en su “aplicación internacional” en el mercado mundial (Marx, 1960: 584); la “separación entre las esferas internas o nacionales de la circulación de mercancías y su esfera general del mercado mundial” (ibíd.: 139) es, pues, la condición de la posibilidad de demostrar cómo, a través de la ley de valorización del valor, se constituye la totalidad negativa de la relación de capital más allá de esa separación.

La negación de una totalidad así entendida caracteriza tanto más toda forma de política –es su razón de ser–, pero especialmente la propaganda contra la “globalización”. Según esta propaganda, las barreras objetivas o las así llamadas necesidades coercitivas sólo existen si se acepta la lógica del capital como una ley de la

naturaleza, por más que dicha ley cause la impresión de ser una ley natural.¹ Lo que se considera una ley de la naturaleza no es más que una imposición de la “globalización” irrestricta o de los “globalistas” neoliberales. La unidad entre la economía nacional y el mercado mundial elaborada por la crítica de la economía política se invierte para que el llamamiento al soberano parezca razonable: debe modificar finalmente la ley del valor dentro del Estado en beneficio de sus ciudadanos. De este modo, se deja de lado lo que puede considerarse el principio regulador de *El Capital* de Marx y que constituye la condición previa de la razón en la era burguesa: la totalidad está dada objetivamente por el hecho de que la única posibilidad de no aceptar la ley del capital es abolirla.

Aunque Marx no lo subraye específicamente en su fragmentaria crítica de la economía política, sólo a través de la separación entre las esferas internas de la circulación de mercancías y su esfera general en el mercado mundial puede entenderse la eminente importancia de la cuestión de la soberanía para la formación del promedio en la determinación del concepto de valor y el funcionamiento de la ley del valor. Si bien el promedio del tiempo de trabajo necesario para la producción de las mercancías no puede fijarse empíricamente como no sea en el movimiento de los precios, sin embargo, ese promedio se debe a los márgenes establecidos por el soberano con la mayor precisión empírica posible, hacia las que cada individuo es empujado, si es necesario, con toda la violencia. Si el poder soberano de un determinado Estado presupone la existencia de otros Estados, la ley del valor presupone las fronteras soberanas creadas por este poder soberano, así como los mercados puestos en relación a través de una determinada moneda. En el mercado mundial, según Marx, estos “promedios nacionales” forman una “escalera de peldaños” –ya que no puede haber un soberano mundial, en última instancia no hay formación de promedios bajo sus auspicios: “La intensidad media del trabajo cambia de país a país; es mayor aquí, menor allí. ... En comparación con el menos intensivo, el trabajo nacional más intensivo produce por tanto más valor en el mismo tiempo, lo que se expresa en más dinero”.² En la medida en que se trata de las diferentes

¹ Con tales afirmaciones, por ejemplo, Uli Krug (en conversación con Jan Gerber) hace la transición a la propaganda (Graber/Krug, 2021: 164).

² Marx, 1960: 584. Por intensidad media Marx entiende la intensidad del trabajo medio simple de una sociedad determinada. En esta sociedad, cualquier trabajo “más complicado” puede reducirse a este trabajo medio simple. Para el proceso de valorización es bastante indiferente que el trabajo del que se apropia el capitalista sea un trabajo simple según el promedio social o un trabajo más complicado, un trabajo de mayor peso específico. “El trabajo medio simple en sí mismo cambia su carácter en diferentes países y épocas culturales, pero existe en una sociedad dada. El trabajo más

intensidades de trabajo o de las diferentes composiciones orgánicas del capital en los distintos países, el ‘lugar’ de esta comparación es el mercado mundial. Aquí, sin embargo, en la comparación –a diferencia de lo que ocurre dentro de la nación– no hay una equiparación, es decir, no hay una nueva media del tiempo de trabajo socialmente necesario.

Lo esencial de esta determinación de la intensidad del trabajo, en contraste con la imprecisa determinación de su productividad, es que tendría que referirse exclusivamente al trabajo abstracto, es decir, a la sustancia de los valores, mientras que la de la productividad tendría que referirse a todos los factores del proceso de producción (por lo que no se suele distinguir entre la pura masa de mercancías producidas y su valor). La cuestión de la intensidad se refiere al capital constante (medios de trabajo y material de trabajo [*Arbeitsgegenstand*]) que se aplica en la medida en que contiene “trabajo pasado” (que el empresario debe pagar en forma de costes de los medios de trabajo y del material de trabajo): un aumento de la intensidad significa que la fuerza de trabajo (que a su vez debe formarse en función de los medios de trabajo y del material de trabajo) produce con un capital constante mayor: por tanto, se “añade” más valor derivado del trabajo pasado en el mismo tiempo del proceso de producción actual, es decir: se produce más plusvalía. Lo que es valor y lo que no lo es, sin embargo, se determina por el intercambio de mercancías; el reconocimiento de la medida del tiempo medio de trabajo necesario y, por tanto, de la intensidad del trabajo tiene lugar “sólo por medio del dinero”. Aquí –es decir, en lo que Marx llama la realización del valor– se decide si se ha añadido valor, si la parte respectiva del tiempo de trabajo “se reconoce como un componente del trabajo social total” (Heinrich, 2001: 219). Sin embargo, la producción privada y la socialidad posterior o precedente del intercambio de mercancías (ahí reside, por así decirlo, la metafísica del concepto de valor y la “idea” negativa de la totalidad social) deben relacionarse entre sí como si tuvieran lugar simultáneamente; como si el intercambio ya tuviera lugar o siguiera teniendo lugar durante los procesos de trabajo. Al fin y al cabo, por lo que hace a cuántos trabajadores de qué cualificación con cuántos medios de trabajo y materiales de trabajo de qué calidad tienen

complicado sólo se considera como trabajo simple potenciado o, mejor dicho, multiplicado, de modo que un *quantum* menor de trabajo complicado es igual a un *quantum* mayor de trabajo simple.” (Marx, 1960: 211, 59.) La forma en que Marx utiliza el concepto de intensidad o el par conceptual de trabajo “complicado” y “simple”, sin embargo, muestra una cierta incertidumbre a la hora de distinguir conceptualmente el trabajo abstracto como sustancia del valor del trabajo en sentido fisiológico y mecánico, por mucho que Marx haya superado ya su concepción anterior sobre esta cuestión (cf. por ejemplo, Marx, 1983: 218s.).

que trabajar durante cuánto tiempo, la producción se regula exclusivamente según la medida que establece el intercambio, aunque la producción en un caso particular, a la hora del intercambio, no haya correspondido a la medida, en tanto que la cosa no se vende. Cuando habla de la formación del valor *en el proceso de producción*, con conciencia de que *es a través de* la circulación, la crítica de la economía política de Marx se caracteriza precisamente por el hecho de que sabe considerar dicho proceso como un proceso dentro de un proceso, y así la cuestión de la intensidad del trabajo también puede plantearse únicamente en la unidad de la circulación y la producción, que, sin embargo, presupone su separación.

2 INTENSIDAD NACIONAL DE TRABAJO Y VALORES INTERNACIONALES DE LAS MERCANCÍAS

Sin embargo, la intensidad del trabajo no proporciona ninguna información sobre lo que se quiere designar como la intensidad de la explotación en cada caso. Parte de lo fantasmal del carácter cósmico del valor (*Wertgegenständlichkeit*) es, entre otras cosas, que “la mano, el músculo, el nervio, el cerebro, etc.” deben haber sido empleados, por tanto, que la explotación ha tenido lugar en tanto que la fuerza de trabajo tuvo que ser vendida para este uso. Pero por muy incuestionable que sea el hecho de que la medición del tiempo medio de trabajo necesario se reconoce como algo objetivo, sigue siendo cuestionable querer determinar un grado de explotación a través de la intensidad del trabajo. Es cierto que, allí donde se discuten las condiciones concretas del proceso de producción, el uso de máquinas y, por tanto, también el esfuerzo físico y mental, Marx relaciona repetidamente la intensidad del trabajo con la intensidad de la explotación: un trabajo más intensivo supone un mayor esfuerzo y, por tanto, exige intrínsecamente una jornada laboral más corta que la de un trabajo menos intensivo, ya que, de lo contrario, no se puede efectuar. O viceversa, ya que Marx también busca determinar la causalidad: en cuanto el Estado acorta la jornada laboral o tiene que acortarla por la presión de la clase obrera, promueve indirectamente la “intensificación del trabajo”³. Esto significa, sin embargo, que incluso en este caso el criterio sólo puede ser que se añada valor y en qué medida lo hace, y no el grado que alcanzaría la explotación en cada caso según la norma del intercambio justo. La explotación no se puede cuantificar. No se trata de su medida, sino de que se suprima.

³ Así, en el capítulo 13 del primer volumen de *El Capital* (Marx, 1960: 431 y ss.).

El punto crucial con el concepto de intensidad de trabajo es el mismo que con el de trabajo abstracto: como sustancia del valor, que sólo puede realizarse en la circulación, debe separarse por completo de la comprobación guiada por la vida cotidiana de la fábrica de una actividad mecánica u organizada según la división del trabajo, que parece ‘más abstracta’ en relación con el trabajo manual, pero que debe entenderse como un proceso fisiológico, aunque esa actividad, en la medida en que responda a la repetitividad requerida por la producción de mercancías, debe entenderse como una condición para que exista en absoluto una medida del tiempo medio de trabajo necesario. En el sentido de esa separación, un trabajo más intensivo no significa otra cosa que producir más valor (Marx habla de un “cambio en el carácter de la plusvalía relativa” (1960: 431)) a través del desarrollo de las fuerzas productivas (en la competencia entre empresas con una duración de la jornada laboral determinada por el propio Estado), esto es, a través del mismo desarrollo de las fuerzas productivas, que en la misma competencia entre empresas obliga al mismo tiempo a sustituir la fuerza de trabajo por tecnología, y así a su vez reduce la plusvalía en general.

Ahora bien, en la medida en que *El Capital* habla de los “valores internacionales” de las mercancías en relación con la circulación en el mercado mundial, se presupone que se trata de comparar diferentes etapas de la formación del promedio nacional, pero que surge aquí en una serie ilimitada de diferentes valores de uso, es decir, en una serie que no puede ser limitada por una nación particular (Marx, 1968: 249). A la inversa, es la serie completamente limitada de valores de uso en la que se presenta la intensidad nacional del trabajo dentro de la propia nación la que precisamente produce la apariencia de que los “trabajos privados” (Marx)⁴ del individuo no desaparecen por completo en la coseidad fantasmal de la totalidad, sino más bien que lo abstracto de la sustancia del valor debe residir ya en su precondition, en los trabajos privados mecánicos, fragmentados, pero sin embargo perceptibles de modo concreto y fisiológico, y, por tanto, también debería ser afirmado junto con los trabajos privados. Sólo en el horizonte de la intensidad del trabajo nacional puede mantenerse la ilusión, o mejor: la conciencia fetichista, de que no se trata de una completa autonomización del valor como capital, y sólo

⁴ Por “privado” en este contexto Marx entiende que –bajo condiciones cualquiera de división del trabajo– se trata en cada caso del trabajo de la fuerza de trabajo de un individuo (a diferencia de la fuerza de trabajo en general), y por cierto concebido de tal manera que los trabajos privados de varios individuos no pueden sumarse de otra manera que por la venta “pública” de la mercancía que producen.

así los directamente expuestos a la “intensificación” pueden seguir diciendo frente al soberano: “Somos el capital”, porque hacemos todo ese trabajo mecánico, fragmentado y, visto así, abstracto, que, a pesar de la muy cacareada automatización y digitalización, no se apresta a desaparecer. En otras palabras, sólo la reflexión sobre el mercado mundial permite a la crítica de la economía política disponer de un concepto radical del trabajo abstracto que se ha liberado de la ilusión y contradice el fetiche de que los trabajos concretos puede conservarse de algún modo como concretos en la sustancia del valor y, por lo tanto, intercambiarse de forma justa. El propio Marx escribe en las llamadas *Teorías sobre la plusvalía* que sólo el “comercio exterior” desarrolla “la verdadera naturaleza” del valor “como valor, en tanto que desarrolla como social el trabajo contenido en él, que se presenta en una serie ilimitada de diferentes valores de uso”. Si, por el contrario, “el *surplus labor* o *value* estuvieran representados meramente en el *surplus produce* nacional, el incremento del valor por el valor... encontraría un límite en la estrechez de miras, en el estrecho círculo de valores de uso, en que se representa el valor del trabajo” (Marx, 1968: 249).

3 LA ESCALA HASTA EL CIELO DEL MERCADO MUNDIAL

El reconocimiento de la medición por el tiempo medio de trabajo necesario dado en cada caso y, por tanto, de la respectiva media nacional de la intensidad del trabajo también tiene lugar en el mercado mundial por medio del dinero, pero aquí tiene lugar necesariamente en la relación de las monedas o las balanzas comerciales de los diferentes Estados entre sí. En consecuencia, las empresas no compiten directamente en el mercado mundial como lo hacen en el mercado nacional, sino siempre como partes del capital total de una determinada “economía nacional”, cada una con un determinado nivel medio de trabajo socialmente necesario.

En el mercado mundial, por tanto, la gradación sigue existiendo, por muy cambiante que sea, por muy grande que resulte la presión que emana de los precios del mercado mundial para bajar el tiempo medio de trabajo necesario. Se perpetúa porque la relación de capital está condicionada a la existencia de Estados opuestos. Cada uno de ellos puede amortiguar en cierta medida esta presión con derechos de aduana y cuotas de importación, subvenciones e impuestos y, por último, también con medidas de política monetaria y cambiaria (tipos de interés básicos, revalorizaciones y devaluaciones) y así intentar asegurarse relativamente un cierto peldaño en

el escalafón de los promedios nacionales (los problemas que se derivan de esto para los Estados dentro de una unión monetaria son evidentes y constantemente atestiguadas por la Unión Europea).

Si, por tanto, es cierto que en la relación entre los Estados no se puede establecer un nuevo promedio entre los niveles, entonces solo queda claro qué “jornada nacional de trabajo”, es decir, qué jornada en qué nación, es la más intensa y productiva, cuando se tienen en cuenta en cada caso las tasas aduaneras, las subvenciones y los impuestos de los distintos Estados, así como la relación de sus monedas entre sí. De entrada, esto no implica la irreversibilidad de las disparidades nacionales en la intensidad del trabajo una vez que se han producido, ni la perspectiva de llevar sus diferentes niveles a un equilibrio armonioso a través del comercio internacional. Por el contrario, de la concepción del mercado mundial de Marx se desprende que ninguna “sociedad nacional”, por muchas barreras arancelarias y obstáculos al comercio que pueda erigir, por mucho que subvencione la producción y devalúe su moneda, podría realmente permanecer en su nivel de intensidad mientras los niveles de las demás se elevan para satisfacer la composición orgánica siempre creciente del capital que se refleja en los precios del mercado mundial. Porque en este caso sus empresas pronto dejarían de poder realizar valor alguno en el mercado mundial y, por tanto, ya no tendrían dinero para comprar en él. De este modo, la propia gradación sólo puede entenderse como algo que cambia constantemente y en este sentido como un proceso. Pero Marx ya dejó claro de qué escala hacia el cielo se trata aquí en los *Grundrisse*, donde dice que el tiempo de la circulación es el factor que determina el tiempo de la producción – aunque “la circulación sin tiempo de circulación” es a la vez “la tendencia necesaria del capital” (1983a: 560). Joachim Bruhn escribe con referencias a este pasaje y con una cita del segundo volumen de *El Capital*:

“Cada tiempo que transcurre es, en cualquier caso, demasiado tiempo... Toda acumulación sólo puede tener lugar en el tiempo, pero cada hora que se precise habrá sido una hora de más. Este es el dilema fundamental, por lo que Marx dice en el segundo volumen de ‘El Capital’ que el tiempo del capital es, según su concepto, el tiempo cero, es decir, la abolición y aniquilación de todo tiempo: ‘cuanto más las metamorfosis de la circulación del capital sólo sean ideales, es decir, cuanto más el tiempo de circulación sea igual a 0 o se aproxime a cero, más actúa el capital, mayor es su productividad y su autovalorización” (Bruhn/Marx, 1962: 127).

Así, incluso la escala de la intensidad del trabajo nacional no puede remontarse a una “unidad promedio del trabajo universal” (como quiere sugerir Marx en un momento dado⁵), sino sólo al tiempo cero al que se orienta. Básicamente, todo el mundo conoce esta orientación, sólo que hoy, con afectación periodística, la gente prefiere hablar de que los algoritmos toman el control. De hecho, las empresas más exitosas en el mercado mundial, y por lo tanto las empresas más exitosas en general hoy en día, son precisamente las que pueden apropiarse de esa tendencia necesaria del capital, circulación sin tiempo de circulación, más directamente que todos los otros grupos del capital (Amazon, Microsoft, Apple, Google, Facebook, etc.) –lo que, sin embargo, también es sólo posible para ellos indirectamente, sobre la base de una cierta intensidad de trabajo de una “sociedad nacional determinada”.⁶ Qué “sociedad nacional”, sin embargo, pone en práctica el potencial de destrucción que existe en principio, es decir, de forma bastante abstracta, a través del punto de fuga del tiempo cero, no puede deducirse de ninguna manera de lo cerca que está de él en esa escala. La respuesta habría que buscarla más bien allí donde la acción política trata de salir de la escala por completo, de escapar de ella como de una prisión, aboliendo la separación misma de circulación y producción para poner en su lugar las formas inmediatas de dominación –con lo que, por cierto, tampoco las fronteras de una sociedad nacional determinada podrían tener ya ninguna función.

4 EL EJÉRCITO DE RESERVA Y LAS PANZAS DE CERDO, KEYNES Y HAYEK

La injusticia y la explotación, tal como como quiere denunciar la metáfora del intercambio desigual en el comercio internacional, se deben, pues, esencialmente al

⁵ Marx 1960: 584. Marx también habla una vez aquí de un “nivel internacional” como de un promedio mundial de intensidad, en lugar de una “escala graduada”.

⁶ En las teorías del llamado capitalismo digital que circulan hoy en día, a menudo se ignora el hecho de que existe tal base; por ejemplo, Philipp Staab escribe sobre las “empresas líderes” de la digitalización (Amazon, Apple, Google, etc.) que no operan en los mercados (como lo hacen las grandes empresas, que se denominan monopolios y distorsionan estos mercados en el proceso), sino que son mercados en sí mismos, “mercados propietarios”: la “empresa propietaria del mercado” puede “decidir a discreción” qué productores “tienen acceso al mercado privado y en qué condiciones se produce” (Staab, 2019: 32). En este planteamiento se camufla que incluso tales empresas deben actuar siempre a la vez tomando en consideración la competencia en un mercado que es superior a ellos. En la presentación de Staab, la empresa líder figura como el cabecilla, como si las demás empresas la siguieran como un rebaño de ovejas y no hubiera un pastor que también vigilara al cordero; o formulado de otra manera, en términos de valor de uso: como si, por ejemplo, la publicidad pudiera hacerse completamente independiente de aquello para lo que está hecha.

hecho de que en el mercado mundial no puede haber una generalización directa del tiempo medio de trabajo necesario, incluido el desarrollo de las fuerzas productivas, como ocurre en el interior de la nación, bajo cuyo hechizo argumenta también la ideología del intercambio desigual. En cambio, permanece en la gradación de las diferentes zonas monetarias. Pues la condición de un promedio mundial de la intensidad del trabajo o la vigencia inmediata de una intensidad media del trabajo en todos los países sería, además del libre comercio total, la supresión de todos los aranceles, subvenciones, cuotas, etc. para las mercancías y el capital constante, precisamente que el mercado mundial contuviera un mercado mundial del trabajo. Sin embargo, si el mercado mundial no debe ser una quimera como la del soberano mundial, sino un concepto para la realidad del capital, entonces parte de su determinación es que la fuerza de trabajo no se importa y exporta como otras mercancías –no se la trata como a las panzas de cerdo en las bolsas de mercancías– y el soberano tampoco puede imponerle un arancel, sino que promulga una ley de inmigración para proteger el mercado nacional de trabajo, al igual que debe garantizar también la formación de la mercancía fuerza de trabajo que se ofrece a la venta en este mercado, para que pueda funcionar en absoluto como capital variable en el sentido de la intensidad de trabajo nacional. Visto así, el “ejército industrial de reserva” (Marx) es siempre el núcleo de lo que la política debe responder como cuestión nacional para garantizar la unidad del Estado. En resumen: no existen valores internacionales para la fuerza de trabajo, cuya aplicación en las respectivas naciones es aquella que, más que cualquier otra cosa, da lugar a los valores de las mercancías.

A partir de aquí, también se puede poner de manifiesto la contraposición entre las teorías de Keynes y Hayek: ambos hacen abstracción a su manera de la especificidad de la mercancía fuerza de trabajo, en el sentido de que junto con el concepto de valor de Marx también ignoran el problema que él planteó con la intensidad del trabajo y su promediación –dicho sea de paso: uno considera la fuerza de trabajo como contingentes de tropas, el otro como panzas de cerdo. Por lo tanto, las reformas keynesianas deben basarse en las condiciones de la política de autarquía o de guerra que esta promueve, algo que el propio Keynes se sintió obligado a reconocer (cf. 1933: 236; 1940: 149), pero que los keynesianos suelen reprimir (cf. Streeck, 2021). Por el contrario, el punto de fuga de la “Escuela Austriaca” es la abolición del Estado-nación en el mercado mundial: así, Hayek propuso la “abolición de los bancos centrales” (incluido el Sistema de la Reserva Federal): “Las monedas nacio-

nales no son ni inevitables ni deseables” (Hayek, 2011: 224, 233); von Mises ya escribió que, si “en todas partes de la tierra se lleva a cabo el programa del liberalismo, el Estado mundial... es una realidad”. Ni el punto de vista keynesiano ni su homólogo liberal son capaces de determinar por sí mismos la relación entre el Estado nacional y el mercado mundial. (Así, Keynes pudo aprobar durante un breve tiempo la política económica del régimen de Hitler como aplicación de la soberanía y Hayek, aunque con grandes reservas, pudo aprobar la del régimen de Pinochet como aplicación del mercado mundial).

La misma falsa dicotomía se encuentra entre el marxismo tradicional y la llamada crítica del valor, cada uno con un signo diferente. Ernest Mandel, por ejemplo, habla no sólo de “intercambio desigual” sino también de “transferencia de valores” entre el “Tercer” y el “Primer Mundo”. Ve el mercado mundial no desde los valores internacionales, sino desde los valores nacionales de las mercancías; mira todas las mercancías como si todas fueran la mercancía fuerza de trabajo; en esto consiste, por así decirlo, su metafísica del proletariado; argumenta como si para las mercancías resultara la misma escala de promedios que para la intensidad del trabajo. Sin embargo, para las mercancías –con la excepción de la fuerza de trabajo– se forman valores internacionales, como ha dejado claro Marx, y en ello se anula la diferencia del valor nacional de las mercancías con el valor en el mercado mundial. Por lo tanto, la transferencia de valor sólo puede ser reivindicada aquí por aquellos que, orientados contra el mercado mundial, se aferran a los valores nacionales de las mercancías y consideran los internacionales como una incursión imperialista contra la que el “socialismo en un solo país” debe aislarse: “Sólo a través de la protección del monopolio del comercio exterior pudieron Rusia y China escapar a ese destino después de su revolución socialista.” (Mandel, 1973: 69) En cambio, Robert Kurz ha proclamado el “fin de la economía nacional” en *Schwarzbuch Kapitalismus* [El libro negro del capitalismo]: una

“porción considerable y en rápido crecimiento del mercado mundial” no sería “en realidad un intercambio entre economías nacionales coherentes en sí mismas... sino parte de una división interna de funciones de corporaciones que actúan directamente a nivel mundial. Estas empresas, o más bien conglomerados empresariales... forman parte de una dimensión ‘transnacional’ hasta ahora desconocida. La administración de empresas, hasta ahora incrustada en un espacio de regulación económica nacional, abre una brecha en ese espacio y

actúa directamente en el terreno no regulado del mercado mundial, exactamente más allá de la economía nacional (transnacional)” (Kurz, 1999: 752).

Dado que Kurz y el círculo *Krisis* o *Exit* desprecian afortunadamente la proyección pática del capital financiero judío, a sus ojos este terreno se personifica en los EE.UU., que librarían sus “guerras de orden mundial” por él. En cualquier caso, la metáfora del terreno se desenmascara a sí misma: el mercado mundial no tiene terreno, el comercio en él nunca tiene lugar independientemente de los mercados nacionales, también se podría decir: tiene lugar en ellos o a través de ellos. Por eso el mercado mundial no es posible sin las soberanías de los estados singulares, como tampoco estas son posibles sin él. No cabe duda de que el radio de acción de los Estados en las relaciones comerciales mundiales es limitado en cada caso, que su tamaño mismo cambia y, en este sentido, incluso los eslóganes de la globalización y la desglobalización contienen un átomo de verdad. Pero de este átomo no se puede derivar ningún concepto de mercado mundial.

Según la ideología generalizada de los opositores a la globalización, que ofrece una síntesis del capitalismo tardío de Mandel y del capitalismo del “libro negro” de Kurz, ante la competencia directa de los monopolios en el mercado mundial, que ya tiene lugar más allá de la escala de formación de promedio nacional, las naciones no tendrían prácticamente más remedio que aislarse del mercado mundial en la medida de lo posible y, en tanto quisieran participar en él, buscar sus propias fuentes de petróleo y otras materias primas o confraternizar con quienes las tienen. Así como el capital financiero, por su gran tamaño y por la posibilidad vinculada a él de aplazar la crisis⁷, puede ser fantaseado como un poder que ya no tendría nada que ver con el proceso de valorización del capital industrial, ahora las empresas que, sobre la base de una cierta intensidad de trabajo nacional, a saber, el de los EE.UU., fuerzan la tendencia del capital a circular sin tiempo de circulación más directamente que todas las demás, son ahora también demonizadas de una manera como si en su mundo las ganancias ya no se basaran en el respectivo promedio nacional y, por lo tanto, en la ley del valor tal como la entendía Marx; como si pudieran explotar una materia prima digital disponible en todo el mundo de la que

⁷ Ideológicamente, este aplazamiento se ve secundado por las medidas contra el cambio climático. Ya que el movimiento que subyace a esas medidas es efectivo en el plano internacional igual que la modificada ley del valor en el mercado mundial. Y, al igual que el capital financiero, también está obsesionado con el futuro: siguiendo las tesis de Benjamin sobre la historia, se podría decir que la voluntad de sacrificio de *Fridays for Future* se forma vinculada al ideal de los nietos liberados del cambio climático.

podieran apropiarse sin ni siquiera pagar impuestos. Se les responsabiliza del tiempo cero al que todo conduce. Así, si antes la Comintern decía que el fascismo era la dictadura de los elementos más reaccionarios, chovinistas e imperialistas del capital financiero, hoy los críticos acérrimos del neoliberalismo dicen que el nuevo fascismo emana de Silicon Valley.

5 ESTADO COMERCIAL CERRADO Y ANTISEMITISMO

En su ensayo sobre “Antisemitismo y nacionalsocialismo”, Moishe Postone explicó que el antisemitismo moderno se basa “en el ataque unilateral a lo abstracto”: “contra la razón abstracta, el derecho abstracto y, en otro nivel, contra el dinero y el capital financiero”. Este ataque crea la personificación necesaria, es decir, la oposición de “lo materialmente concreto y lo abstracto” se convierte “en la oposición racial entre ario y judío”: “El antisemitismo moderno consiste en la biologización del capitalismo –que en sí mismo sólo se entiende bajo la forma de lo aparentemente abstracto– como judaísmo internacional” (Postone, 1995: 37s.).

La cuestión es por qué el antisemita moderno subraya con tanta insistencia que este judaísmo es internacional; por qué la razón y el derecho, el dinero y el capital financiero, sin la figuración de una conspiración absolutamente mundial, no pueden representarse unilateralmente de la misma manera como lo abstracto y encarnarse en el judaísmo, para así escindir de él algo que, bajo diversos títulos, puede entenderse como razón concreta y derecho concreto (leyes raciales, sharia, etc.), dinero concreto e incluso capital financiero concreto (ahorro alemán, banca islámica, etc.). La respuesta sólo puede darse con el concepto marxiano de mercado mundial como el “lugar” donde las mercancías “despliegan universalmente” su valor (Marx, 1983b: 98), es decir, cuando –como ya se ha citado– el “comercio exterior” desarrolla la “verdadera naturaleza” del valor, que se representa así en una serie ilimitada de diferentes valores de uso. Pero si el “*surplus labour*” o “*value*” solo se representa en el “*surplus produce*” nacional, la multiplicación del valor para conseguir más valor encuentra un límite en la estrechez de miras, en el estrecho círculo de valores de uso en el que se refleja aquí el valor del trabajo. Mientras que Marx necesita esta estrechez de miras como abstracción, por así decirlo, para hacer justicia a la ley del valor en su aplicación no modificada, el antisemita moderno –que, por supuesto, no tiene ni quiere tener ningún concepto ni de la ley del valor ni de lo abstracto en general– hace de ella su visión del mundo y un programa político. Su

volverse –directa o indirectamente– contra el mercado mundial le permite buscar precisamente dentro del Estado lo que se opone a la estrechez de miras afirmada para identificarlo con el judaísmo.

Así, los delirios específicos producidos por el odio a los judíos en la modernidad y el principio rector antimoderno según el cual un Estado debe existir en la mayor autarquía posible, preferiblemente perfecta, pueden considerarse como vasos comunicantes. Su “comunicación” se remonta a la Ilustración, como puede verse especialmente en Johann Gottlieb Fichte. En contraposición a otras figuras de idealismo alemán, emerge continuamente en su pensamiento la obsesión por forzar todo lo económico desde el principio y sin mediación –y como en un movimiento contrario a la *Riqueza de las Naciones* de Adam Smith– bajo la primacía de lo político. De este modo, esa primacía se establece de forma significativamente diferente a como lo hizo Hobbes. En su *Contribuciones destinadas a rectificar el juicio del público sobre la Revolución Francesa*, Fichte contradice explícitamente la opinión de que debe haber “varias monarquías”, “que sean lo suficientemente fuertes como para ser contrapeso unas de otras”, para que “una monarquía no devore y subyugue todo”. Pero con esta objeción, Fichte no está de ninguna manera tomando ya partido por la monarquía universal, por un soberano mundial:

“Nosotros, en cambio, sacamos la siguiente conclusión: ese constante afán de engrandecimiento desde dentro y desde fuera es una gran desgracia para los pueblos... toda monarquía irrestricta (vosotros mismos lo decís) aspira incesantemente a ser monarquía universal. Bloqueemos esta fuente, y nuestro mal será eliminado de raíz. Cuando ya nadie quiera atacarnos, entonces ya no necesitaremos estar armados; entonces ya no serán necesarias las terribles guerras y la aún más terrible preparación constante para la guerra, que soportamos para evitar las guerras.” (Fichte, 1973: 174s.)

Exactamente opuesto al concepto de la riqueza de las naciones, su crecimiento, examinado por Adam Smith, se proyecta en Fichte (quien, a diferencia de Kant o Hegel, apenas se ocupó de Smith o de otros economistas ingleses) sobre ese empeño de la monarquía irrestricta por la monarquía universal. Con esto se corresponde la proyección que el filósofo alemán tiene preparada dentro del Estado cuando llama a los judíos un “Estado dentro del Estado” que “vive en constante guerra” (ibíd.) con todos los demás Estados. Donde el “rey absoluto” no puede quitarle su “refugio paterno” y donde mantiene su derecho “frente el ministro todopoderoso”, y, en cambio, “el primer judío que lo desee” puede impunemente dejarlo sin blan-

ca. “Todo esto” –Fichte se dirige directamente a sus coetáneos de mentalidad revolucionaria– “lo veis, y no podéis negarlo, y habláis con dulces palabras de tolerancia, y de derechos humanos, y de derechos civiles, mientras ofendéis en nosotros los primeros derechos humanos” –y con ello se aborda directamente la emancipación de los judíos: “¿No se os ocurre aquí la comprensible idea de que los judíos, que sin vosotros son ciudadanos de un Estado más firme y poderoso que todos los vuestros, si también les dais derechos civiles en vuestros Estados, pisotearán completamente al resto de vuestros ciudadanos?” (Ibíd.).

Al igual que Fichte aparentemente encontró en el empeño por la monarquía universal su concepto negativo, “anticapitalista”, para la acumulación de capital en el mercado mundial, así también el judaísmo aparece como una inversión del mercado mundial en suelo nacional. Visto así, Fichte habla del Estado en primera persona cuando dice que “el primer judío que quiera me saquea impunemente”. En lugar del deseo expresado en este contexto de expulsar a los judíos, un poco más tarde, en su escrito sobre el *Estado comercial cerrado*, coloca la expulsión del mercado mundial de la economía nacional. También aquí invoca el estatuto jurídico del ciudadano libre y caracteriza su obra en el subtítulo como un “apéndice del Estado jurídico”.

Si el estado jurídico estuviera formado por una multitud cerrada de personas que están bajo las mismas leyes y el mismo poder coercitivo supremo, entonces esta multitud debería estar “restringida al comercio y la industria entre ellas y para ellas” y “todas las que no están bajo la misma legislación y poder coercitivo deberían ser excluidas de participar en ese intercambio”. Entonces dicha multitud formaría un Estado comercial, y un Estado comercial cerrado, como forma ahora un Estado jurídico cerrado” (Fichte, 1979: 2). De este modo, el filósofo alemán llega a su economía política: al “único sistema verdadero exigido por la razón”, según el cual “el Estado se cerraría por completo a todo comercio exterior, y formaría en adelante un cuerpo comercial separado, del mismo modo que hasta ahora ha formado un cuerpo jurídico y político separado. Una vez que se haya producido este cierre, todo lo demás vendrá fácilmente: y las medidas a seguir a partir de ahora ya no estarán en el campo de la política, sino en el de la pura jurisprudencia...” (Ibíd.: 90).

Sobre esta base, la tendencia a la monarquía universal se revela ahora también plenamente como una tendencia a buscar la riqueza a través del comercio mundial y, por lo tanto, es condenada aún más severamente por Fichte:

“Un Estado que sigue el sistema ordinario de comercio y pretende una preponderancia en el comercio mundial mantiene un interés continuo en ampliarse incluso más allá de sus límites naturales, para aumentar así su comercio, y por medio de él su riqueza; para aplicar esto a su vez a nuevas conquistas –estas últimas de nuevo de la misma manera que las anteriores. A uno de estos males siempre le sigue otro: y la codicia de un Estado así no tiene límites.” (Ibíd.: 97).

Con el aislamiento sistemático del Estado comercial, esta “codicia” tampoco es posible dentro de él: el crecimiento de la riqueza se detiene:

“Los principales resultados de la teoría expuesta son estos: ... que se garantice a cada ciudadano su parte proporcional de todos los productos y manufacturas del país a cambio del trabajo que se espera que realice, así como a los funcionarios públicos sin equivalente visible; que para ello se fije el valor de todas las cosas entre sí y su precio con respecto al dinero, y se mantenga por encima de éste; que finalmente, para que todo esto sea posible, se imposibilite todo comercio directo de los ciudadanos con países extranjeros.”

Y ya puede comenzar la vida paradisíaca del alemán, en la que el dinero se convierte por fin en algo tan concreto como el trabajo, si sólo se hace según la costumbre del país –el trabajo abstracto, al que apunta el concepto de intensidad de Marx, se convierte en trabajo concreto, que coincide con los lazos familiares y la costumbre del país:

“Cada moneda que un hombre consigue para sí mismo sigue valiendo con toda seguridad para él y para sus nietos y bisnietos por toda la eternidad esa mercancía concreta, por ejemplo, esta medida de grano, y puede cambiarla por ella a cualquier hora. El valor de este dinero a cambio de bienes puede subir, pero nunca puede bajar. Todo el mundo está seguro de la continuidad de su condición acostumbrada si su trabajo continúa. Nadie puede llegar a ser pobre o pasar falta; tampoco sus hijos y nietos, si trabajan sólo lo que se les exige según la costumbre general del país.”

La medida de la prosperidad viene dada por la propia naturaleza y ésta es inalterable:

“Ahora bien, en aras del rigor, y en el puro Estado racional, ningún hombre tiene derecho a una prosperidad mayor que la que resulta del clima que habita y de la cultura de la nación de la que forma parte...”

En lo que respecta a la relación de los Estados entre sí, de esto resulta algo así como una primera forma de la teoría de los grandes espacios: ciertas partes de la

superficie de la tierra, junto con sus habitantes, están destinadas por naturaleza a formar “conjuntos políticos”: todo Estado debe preservar lo que, por otra parte, pretende preservar mediante la guerra, es decir, sus fronteras naturales. Sólo en ese momento ya no tendría nada que buscar de ningún otro Estado. Surge entonces la cuestión de quién asigna a los Estados lo que está determinado para ellos por la naturaleza o, en otras palabras, en qué autoridad política se encarna esta naturaleza. En el Estado comercial cerrado de Fichte ya se vislumbra que las aspiraciones de autarquía en la modernidad, si se consideran con suficiente coherencia, no sólo contienen el ideal de grandes áreas geopolíticas, sino también el anhelo de un soberano mundial que tenga el mando sobre ellas. Con él se quiere precisamente aquello que se les imputa a los judíos, tomar el mando.

6 DE FICHTE A HITLER

Pero ¿de qué sirve descartar con Marx el Estado comercial cerrado –que Fichte aconsejó a los alemanes– como una *contradictio in adjecto* delirante, cuando el nacionalsocialismo y el “socialismo en un solo país” lo han puesto a prueba con la primacía de la política a gran escala y el monopolio del comercio exterior? Por un lado, Marx entiende el comercio exterior, al igual que la crisis, como una “necesidad interna” del modo de producción, que se basa en la acumulación de capital bajo pena de colapso; por otro lado, lo trata en el tercer volumen precisamente en las secciones que abordan las causas *que contrarrestan* la ley de la caída tendencial de la tasa de beneficio. La necesaria enfatización probablemente sólo habría llegado en el volumen sobre el mercado mundial que estaba destinado específicamente a este fin, y habría sido de lo más favorable para ello si Marx hubiera escrito el libro además con cien años –contemplando la “política de catástrofe” (Adorno) que inauguró la Primera Guerra Mundial: por muy correcto que sea ver en el mercado mundial, en términos abstractos, la única forma existente capaz de aplazar el hecho de que la crisis se convierta en aniquilación, también es cierto que en su lugar, sobre una base capitalista, sólo puede tener lugar concretamente la “crisis de la guerra mundial” (Heinz Langerhans), cuyos exponentes persiguen precisamente políticas de autarquía para poner en marcha la aniquilación en todas partes.⁸ El intento

⁸ A primera vista, la crítica de Marx al giro proteccionista del economista nacional norteamericano Henry Charles Carey no parece dirigirse tanto al propio Carey, para quien el proteccionismo era sólo un medio de imponerse en el mercado mundial, como a un rechazo fundamental del comercio

de forzar la autarquía –ya sea en nombre del capital industrial o en nombre de alguna práctica de economía de subsistencia– contra el mercado mundial (para eso sirve precisamente el concepto de batalla ‘neoliberalismo’), no sólo significa regresión, como ya esboza Marx en los *Grundrisse* –como si quisiera replicar lo escrito por Fichte– en un amenazante “contexto sólo local” (Marx, 1983a: 95) basado en el “estrechez originaria de la sangre” y la naturaleza, las relaciones de dominación y servidumbre, ese intento también promueve simultáneamente la barbarie en una escala y con una intensidad que ni siquiera el pasado más bárbaro ha conocido. La política alemana, que entendió el colapso externo del mercado mundial como un mandato interno para librar una guerra de exterminio contra el “judaísmo financiero internacional”, ha hecho de esto todo su contenido.

Por lo tanto, no es de extrañar la precisión con la que Hitler previó desde el principio la emergente hegemonía de los Estados Unidos. En esa hegemonía, la relación fundamental entre el soberano y el capital a escala mundial se desarrolla de manera muy específica: el *hegemon* no tiene capacidad para tratar al mercado mundial mismo como su mercado nacional, pero siempre intenta actuar en interés de su propio mercado, así como en interés del mercado mundial frente a todos los territorios extranjeros. Destruir esa hegemonía era la condición para fragmentar el mercado mundial en grandes áreas, lo que a su vez era la condición económica para que el nacionalsocialismo lograra su verdadero objetivo: exterminar a los judíos. Todo esto está ya establecido en el punto decisivo del programa del partido NSDAP que se llama: “Romper la esclavitud a los intereses”. En su “Außenpolitische Standortbestimmung” [Posicionamiento de política exterior] de 1928, que pretendía ser el “segundo Libro” de *Mein Kampf* [Mi lucha], pero que finalmente

mundial, tal como se había instaurado en Alemania, que estaba vinculado a Fichte: Marx se burla de que para Carey sea en última instancia este comercio “el que destruye las bellezas y armonías autóctonas del modo de producción capitalista”. Pero si por un lado rechaza este punto de vista, por otro rechaza el de los “optimistas del libre comercio”: Ambos coincidieron en exorcizar la contradicción de la economía política. Al primer Carey, que, como David Ricardo, seguía siendo directamente partidario del libre comercio y afirmaba que la “interferencia del Estado” falseaba la “relación económica natural”, Marx le recomienda “reflexionar sobre si estos costes estatales no son también frutos naturales del desarrollo capitalista”. Pero en lo que respecta al Carey tardío, Marx dirige aquí su burla a la posición que él, como representante del capital estadounidense, acaba adoptando frente al entonces todavía vigente *hegemon* inglés: “El razonamiento es muy digno del hombre que primero declaró que las relaciones de producción capitalistas son leyes eternas de la naturaleza y la razón, cuyo juego libremente armonioso es perturbado por la interferencia del Estado, sólo para descubrir después que la influencia diabólica de Inglaterra en el mercado mundial, una influencia que, al parecer, no surge de las leyes naturales del modo de producción capitalista, hace necesaria la interferencia del Estado, a saber, la protección de esas leyes de la naturaleza y la razón por el Estado, alias sistema de protección.” (Marx 1983b: 455s.).

no se publicó, se menciona repetidamente el “significado de la amenazante posición hegemónica” de los EE.UU., incluso de su “amenazante hegemonía mundial”, que sólo podría ser evitada por una Alemania nacionalsocialista con la correspondiente política racial (Hitler 1995: 88s.). Se puede demostrar en detalle que Hitler, como mínimo desde ese momento, se preocupó por este objetivo en política exterior y que las conquistas en el Este sirvieron como medio para lograrlo.⁹ Así, Hannes Heer también entiende la “Operación Barbarrosa” como “el sometimiento total de la Unión Soviética y la eliminación violenta de su población para establecer allí una economía autosuficiente basada en productos agrícolas y materias primas que garantice la independencia de Alemania de la economía mundial” (Heer, 2020: 20). La expansión hacia el gran espacio de la Unión Soviética, que se justificó como la lucha contra el “bolchevismo”, estuvo ligada desde el principio al objetivo de la autarquía, para sustituir el mercado mundial y su *hegemon* por una nueva “distribución espacial de la tierra”. Cuando Hitler escribe que “la decisión final sobre el resultado de la lucha por el mercado mundial ... dependerá de la fuerza y no de la economía misma” (Hitler, 1995: 84), queda inmediatamente claro que se refiere a la lucha contra el mercado mundial y por un ordenamiento del territorio a gran escala: cuando el nacionalsocialismo hubiera acabado con la “falta de espacio”, entonces el pueblo ya no necesitaría empujar a sus vástagos a las grandes ciudades como trabajadores de las fábricas, sino que podría asentarlos como campesinos libres en sus propias tierras, para abrir una entera “área de ventas interior” para la industria alemana, que le permitiría “sustraerse a la lucha encarnizada y evitar la disputa por el llamado lugar al sol en el resto del mundo” (ibíd.: 182).

En este sentido, Hitler, incluso durante el periodo de relativa estabilización de los años 20, contrapuso la “obtención de nuevos territorios” a la “solución barata” y al “delirio de una conquista económica global” de la que había sido presa la Alemania de la República de Weimar (Hitler, 2016: 621). El orden geopolítico ambicionado fracasó en última instancia no sólo porque la Unión Soviética y su favo-

⁹ Sobre esto, véase Simms, 2019: 199-218, 680s. Sin embargo, el autor de esta *biografía global* mezcla los medios y los fines cuando afirma que “la razón y el contexto principales de la guerra de exterminio de Hitler contra los judíos europeos fue su relación con Estados Unidos” (682), y en un momento dado incluso se atreve a calificar el Holocausto de “ataque preventivo contra la América de Roosevelt” (842). En cambio, es característico de un típico representante del gremio de historiadores alemanes de hoy en día, como Ulrich Herbert, que sólo utilice tales errores como pretexto para dejar de lado obstinadamente las conclusiones del libro sobre la relación del nacionalsocialismo con el mercado mundial y su *hegemon* (sobre esto, véase Herbert, 2020).

recida autarquía del “socialismo en un solo país” ofrecieron una mayor resistencia de la que se había pensado, aunque esto ya sugiere una cierta disposición a coexistir con el mercado mundial y su *hegemon*. Sino más bien porque se hizo evidente que era inevitable una guerra contra los Estados Unidos para dividir el mercado mundial en grandes áreas, y sólo entonces la guerra por un nuevo reparto del espacio se convirtió en una guerra mundial; el delirio de la autarquía se convirtió en la práctica en el delirio de la dominación mundial. El objetivo de destruir a los judíos, que existía desde el principio, constituía en todo ello el *continuum*.

7 LA IDEOLOGÍA ALEMANA EN LA ACTUALIDAD

El peligro de un retorno inmediato de esta política de catástrofe en Europa parece haberse evitado hasta hoy en la medida en que los que quieren ganar las elecciones con el anhelo de la autarquía, en cuanto llegan al gobierno, siempre hacen más o menos lo mismo que la UE a la que habían declarado su enemiga. Un indicio de ello es la retirada de los *rackets* sucesores del fascismo y el nacionalsocialismo de las ambiciones geopolíticas, como las que sólo pueden entrar en juego cuando el mercado mundial se desintegra. En palabras de los interpretes de Carl Schmitt, Hans-Dietrich Sander y Björn Höcke: una “prohibición de la intervención de capital ajeno al territorio” no se puede imponer y, por tanto, hay que conformarse con el efecto agitador de una “prohibición de la migración de poblaciones de fuera del territorio” (Scheit, 2018). Al retirarse a la política interna y a la propaganda antieuropea, Israel queda al menos en gran medida fuera de la línea de fuego, e incluso es elegido como objeto de identificación. La situación es bastante diferente para los países exportadores de petróleo: su posición especial en el mercado mundial existente hace posible una especie de sucedáneo de la política autárquica, hacia la que ya está orientada la prohibición del interés en el islam, y este sucedáneo muestra su efecto devastador en la yihad financiada por ellos en la ‘casa de la guerra’. Porque la “casa del islam” es el Estado comercial cerrado bajo las condiciones del mercado mundial todavía existente y la banca islámica la forma contemporánea de “romper la esclavitud del interés” y el antisionismo la punta de lanza del antisemitismo.

Pero en la medida en que los alemanes –y en este caso no tanto los seguidores de derechas del nacionalsocialismo como sus oponentes de izquierdas, críticos con la islamofobia– actúan en política exterior y aplican esta política exterior en casa, preparan el terreno para la yihad mediante un apaciguamiento consecuente. En

ciertos aspectos, la ideología alemana vuelve así al punto de partida en el que Marx y Engels la vieron en su día. Para demostrar “la estrechez de miras nacional que subyace en el pretendido universalismo y cosmopolitismo de los alemanes”, citaron los versos del *Cuento de invierno* de Heine: “A los franceses y a los rusos les pertenece la tierra, / el mar pertenece a los británicos, / pero nosotros en el etéreo reino de los sueños / poseemos un dominio indiscutible. / Aquí ejercemos la hegemonía / Aquí somos indivisibles” (Marx/Engels, 1978: 475).

Marx y Engels apuntan así a la filosofía de los Jóvenes Hegelianos, quienes, a diferencia de Hegel, habían abandonado la conexión interna entre el mercado mundial y la soberanía, por lo que cualquier concepto de unidad al que quisiera adscribirse su ideal de universalismo debía mostrarse nada más que como el etéreo reino de los sueños. Quien lee hoy esta polémica cree involuntariamente que ya está dirigida contra la política de la memoria practicada en Alemania, especialmente desde la ‘reunificación’: “los alemanes, con una tremenda confianza en sí mismos, sostienen este etéreo reino de los sueños ante las demás naciones como la culminación y el propósito de toda la historia del mundo; en todos los campos consideran finalmente sus ensoñaciones como el juicio final sobre los actos de las demás naciones, y como en todas partes son sólo espectadores y mirones, se creen llamados a sentarse a juzgar a todo el mundo y a dejar que toda la historia llegue a su conclusión final en Alemania. ... Si la estrechez de miras nacional es repugnante en todas partes, lo es especialmente en Alemania, porque aquí, con la ilusión de estar por encima de la nacionalidad y de todos los intereses reales, se la opone a las nacionalidades que admiten abiertamente su estrechez de miras nacional y su dependencia de los intereses reales.” (Ibid.: 458). Sin embargo, el tono ligero de los versos de Heine y de las polémicas de Marx y Engels no se corresponde en absoluto con el hecho de que la ideología alemana está volviendo al mundo después de Auschwitz y que el nuevo y poderoso sentido del yo de los alemanes o su estrechez de miras nacional, que se considera por encima de todos los intereses reales, se basa actualmente en sentarse permanentemente a juzgar sus propios actos. De este modo, la política alemana legitima al mismo tiempo el anhelo de un soberano mundial como apaciguamiento, es decir, el requisito para que otros puedan repetir los hechos.

Traducción de alemán de José A. Zamora

REFERENCIAS

- BRUHN, Joachim: “Echtheit des Kapitals, Gewalt des Souveräns”, *Bahamas* Nr. 63 (invierno 2011/2012), 67-78.
- FICHTE, Johann Gottlieb (1973 [1793]): *Beitrag zur Berichtigung der Urteile des Publikums über die französische Revolution [1793]*, *Schriften zur Revolution*. ed. por Bernard Willms. Fráncfort/Berlín/Viena: Ullstein.
- FICHTE, Johann Gottlieb (1979 [1800]): *Der geschloßne Handelsstaat*. Hamburg: Meiner.
- GERBER, Jan y KRUG, Uli (2021): “Jan Gerber im Gespräch mit Uli Krug: Die Rückkehr der sozialen Frage. Über Sozialstaat, Faschismus und Reformismus”, *Hallische Jahrbücher* 1. ed. Jan Gerber. Berlín: Tiamat, 155-173.
- HEER, Hannes (2020): “Der Vernichtungskrieg gegen die Sowjetunion: Massenmord nach Plan”, en H. Heer, Ch. Streit: *Vernichtungskrieg im Osten. Judenmord, Kriegsgefangene und Hungerpolitik*. Ed. por F. Heidenreich y L. Wentzel. Hamburg: VSA 2020, 18-66.
- HEINRICH, Michael (2001): *Die Wissenschaft vom Wert*. Münster: Westfälisches Dampfboot.
- HAYEK, Friedrich A. v. (2011 [1976]): *Entnationalisierung des Geldes*. Tübingen: Mohr Siebeck.
- HERBERT, Ulrich (2020): “Brendan Simms Buch ‘Hitler’. Der Kapitalismus war der eigentliche Feind”, *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 23 de mayo.
- HITLER, Adolf (1995 [1928]): “Außenpolitische Standortbestimmung nach der Reichstagswahl Juni-Juli 1928”, en Id.: *Reden Schriften Anordnungen. Februar 1925 bis Januar 1933*. Vol. II A. Intr. por G. L. Weinberg; ed. y comen. por G. L. Weinberg, Ch. Hartmann y K. A. Lankheit. München et al.: K.G. Saur.
- [HITLER, Adolf.] (2016): *Hitler, Mein Kampf. Eine kritische Edition*. Ed. de Ch. Hartmann y Th. Vordermayer, München/Berlín: Institut für Zeitgeschichte.
- KEYNES, John Maynard (1933): “National Self-Sufficiency”, *The New Statesman y Nation*, 8 y 15 de julio, en Id. (2014): *The Collected Writings*. Vol. 21. Cambridge et al.: Cambridge University Press.
- KEYNES, John Maynard (1940): “The United States and the Keynes Plan”, *The New Republic*, 29 de julio, en Id. (2013): *The Collected Writings*. Vol. 22. Cambridge et al.: Cambridge University Press.
- KURZ, R. (1999): *Schwarzbuch Kapitalismus. Ein Abgesang auf die Marktwirtschaft*, Fráncfort: Eichborn.
- MANDEL, Ernest (1973): *Der Spätkapitalismus*. Fráncfort: Europäische Verlagsanstalt.
- MARX, Karl (1962 [1890]): *Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie. Vol. I. Marx-Engels-Werke*, Vol. 23. Berlín: Dietz.
- MARX, Karl (1963 [1893]): *Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie. Vol. II. Marx-Engels-Werke*, Vol. 24. Berlín: Dietz.

- MARX, Karl (1964 [1894]): *Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie. Vol. III. Marx-Engels-Werke*, Vol. 25. Berlin: Dietz.
- MARX, Karl (1968): *Theorien über den Mehtwert III, Marx-Engels-Werke*, Vol. 26.3. Berlin: Dietz.
- MARX, Karl (1983a [1857-1858]): *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie. Marx-Engels-Werke*, Vol. 42. Berlin: Dietz.
- MARX, Karl (1983b [1867]): *Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie. Erster Band, Hamburg 1867, Gesamtausgabe (MEGA)*, Berlin: De Gruyter.
- MISES, Ludwig von (1940): *Nationalökonomie*. Ginebra: Editions Union.
- POSTONE, Moïse (1995 [1980]): "Antisemitismus und Nationalsozialismus. Ein theoretischer Versuch", en *Antisemitismus und Gesellschaft. Zur Diskussion um Auschwitz, Kulturindustrie und Gewalt*, ed. por Michael Werz. Fráncfort: Neue Kritik, 29-43.
- SCHEIT, Gerhard (2018): "Primat der Außenpolitik und Gegenidentifikation", *sans phrase* 13.
- SIMMS, Brendan (2019): *Hitler. Eine globale Biographie*. München: DVA.
- STAAB, Philipp (2019): *Digitaler Kapitalismus. Markt und Herrschaft in der Ökonomie der Unknappheit*. Berlin: Suhrkamp.
- STREECK, Wolfgang (2021): *Zwischen Globalismus und Demokratie: Politische Ökonomie im ausgehenden Neoliberalismus*. Berlin: Suhrkamp.